

ONFRAY, Michel: *El posanarquismo explicado a mi abuela: El principio de Gulliver*, introducción Federico L. Silvestre, traducción Matías G. Rodríguez-Mouriño, Biblioteca Nueva, col. Ensayo, serie Pensamiento radical, Madrid, 2018, 110p.

Como reza el título de la primera parte de la obra, este libro es un verdadero “autorretrato con bandera negra” de Michel Onfray. Breve, enérgico, justo con sus deudores e implacable con sus enemigos, este texto del tan prolífico filósofo francés agrada o desagradará a acólitos y detractores por los motivos acostumbrados, pero con una salvedad: si bien es cierto que en Onfray siempre hay algo de autobiográfico bajo la piel filosófica (pero, ¿qué otra cosa sino lo humano, demasiado humano, bajo *toda* filosofía?), en este caso se detiene y se recrea, para solución de determinadas polémicas de las últimas dos décadas, en una genealogía de su pensamiento político. A este respecto, léase con atención la bella introducción de Federico L. Silvestre, “Non serviam” (pp. 13-27).

Malos tratos, orfanato y una suerte de profecía: “A los catorce años, recuerdo haber hecho un pacto conmigo mismo: no sería ni verdugo ni víctima” (p. 32). Lo que el joven Onfray vivió como asco ante el hedonismo del poder, el regocijo cobarde de quien tortura agachado tras una institución, “oculto en la manada” (*ibidem*), le empujó al mismo tiempo a no dejar vencer su cuerpo ni su alma bajo la lluvia de golpes. La contemplación de la explotación de sus padres y la temprana experiencia de la explotación propia en sus primeros trabajos no hicieron sino ayudar a encauzar una mirada aguda para la injusticia y un talante conocedor desde muy temprano del placer del decir *no* a ese mismo poder:

Los sacerdotes de mi infancia, los patrones de mis padres y la jerarquía de la fábrica me pusieron al tanto acerca de la naturaleza del poder. Algo que

---

Recibido: 09/03/2019. Aceptado: 11/03/2019.

no descubrí leyendo a Maquiavelo, sino que vi en la mirada de aquellos que disponían de él. He detestado el poder, todos los poderes, desde mucho antes de saber lo que decían los libros. No existe ninguna necesidad de leer sobre el tema cuando uno lo ha visto, de niño, adolescente o joven, en la carne malvada de las gentes de poder: ese negro fulgor brilla de una manera particular en la pupila del animal de presa, del chacal, del buitre, del carroñero. Ni verdugo ni víctima —y siempre del lado de las víctimas. (p. 35)

El joven Onfray comenzó en Marx, donde encontró palabras y desarrollos que ilustraban muchas de las cosas que había vivido ya en su pequeño rincón del mundo: la lucha de clases, la alienación, la vida cercenada del obrero y del campesino. Comienza una identificación:

Marx mantenía la oposición entre el hombre libre y el esclavo, el patricio y el plebeyo, el barón y el siervo, el maestro y el oficial del gremio, en resumidas cuentas, entre los opresores y los oprimidos —yo me sabía descendiente de esclavo, hijo de plebeyo, hijo de siervo o de oficial—. Estaba orgulloso de tales orígenes, siempre lo he estado. (p. 38)

Para el Onfray adolescente, Marx, el marxismo y el Partido Comunista Francés “mantenían una relación de filiación directa” (p. 38), si bien este primer interés cae rápidamente en el olvido. Más allá de las grandes figuras del comunismo francés organizado y sus programas de lectura, el joven Onfray teje una fuerte relación con el peluquero de su pueblo, Pierre Billaux, militante en aquellos años 70 de Amnistía Internacional, cuyos “informes” jugarán de igual manera un importante papel en el joven, quien conversando con Billaux llega a descubrir que este era un antiguo resistente que había sido atrapado, torturado por un “gestapista” y deportado al campo de Neuengamme.

Junto a Billaux, Onfray descubre la prensa de izquierdas, los periódicos satíricos, la “gesta micrológica de la gran Resistencia” (p. 43), el militanismo de los “Derechos del hombre” y, en suma, “la posibilidad de una segunda izquierda, no comunista y no liberal” (p. 44). Sin embargo, el mayor descubrimiento sería otro:

Pero fue también con él con quien descubrí la galaxia anarquista. Poseía algunos números de *Noir & Rouge*, y me hizo leer también *La Revolución desconocida* de Volin. Comprendí entonces a qué se parecía una leyenda (en este caso la leyenda marxista-leninista) y qué era la historia. Volin demuestra, en efecto, que el ideal del Sóviet que anima y galvaniza a los revolucionarios de 1917 es traicionado por el Partido, el Estado dicho revolucionario, los bolcheviques, los marxistas y la burocracia. La dictadura del proletariado es, de hecho, la dictadura de la vanguardia llamada

esclarecida del proletariado (a saber, los apparatchiks del Partido...) sobre el proletariado. ¡En la URSS, la revolución libertaria del pueblo devino, pues, en dictadura burocrática sobre el proletariado! (p. 44)

“Emancipado”, continúa poco después Onfray, “desaparecieron las dudas sobre ser marxista, leninista o trotskista; y todavía menos militante del PCF...” (p. 45). Todavía en el instituto, la lectura de Daniel Guérin le permite profundizar en esta izquierda no marxista que...

...desde la primera hora, rechaza el campo de concentración, el socialismo de las alambradas, la policía política, la militarización de la sociedad y, a pesar de todo, desea el fin de la explotación capitalista, la felicidad de los pobres y de las gentes modestas, una sociedad más justa —digámoslo de otra manera: menos injusta... (p. 47)

Bonnot, Marius Jacob, Bakunin, Sébastien Faure, Max Stirner, Kropotkin, Réclus, Ravachol, Pelloutier, Louise Michel, Fourier...y Proudhon. En este último descubre una profunda reflexión sobre la noción de propiedad como expolio del trabajador:

“La propiedad es un robo”. Ciertamente, pues, en efecto, la propiedad es un robo... Pero un robo problemático, porque es preciso explicar su naturaleza. Proudhon analiza la fuerza de trabajo, lo que esta permite. A tal efecto, utiliza una elocuente imagen: para erigir el obelisco de la Place de la Concorde, fue preciso el trabajo conjunto de doscientos hombres durante una hora. Si un hombre hubiese trabajado solo durante doscientas horas, no habría elevado el monumento. Una alianza de fuerzas ha sido pues necesaria para obtener tal resultado: esta convergencia de energías no se paga jamás en tanto que tal. Es la ganga capitalista: he aquí por qué, no estando remunerada esta ganga del trabajo colectivo, la propiedad es un robo. (p. 49)

Identificado con Proudhon, en quien detecta un problema filosófico mayor, rechaza la imagen prototípica de la vulgata marxista, propia del “personaje inventado por Marx a fuerza de maltratos literarios y violencias dialécticas”, todo eso que nos impide ver en él al “pensador de un socialismo pragmático, inmanente, liberado de escorias hegelianas” (p. 52). En este sentido, Proudhon representa una suerte de modelo *a contrario*:

Por mi parte, tengo a Proudhon por el más pertinente de los anarquistas: por su rechazo de la manía intelectual de tener el pensamiento del mundo por más justo y verdadero que el propio mundo; por su conjura de toda trascendencia y todo trascendentalismo en beneficio de un pragmatismo de la inmanencia; por su propuesta de soluciones siempre concretas (federaciones, cooperaciones, mutualización, banco del pueblo, demopedia...) contra los castillos conceptuales marxistas; por su verdadero

conocimiento del pueblo, que evita la mitificación marxista del proletariado doblado en una demonización del campesino; por su consideración de la política como actividad concreta y práctica y no, como en Marx, como una construcción del espíritu, un andamiaje intelectual; en fin, y sobre todo, por la importancia que concede a la libertad concreta, mientras Marx se burla: uno quiere realizar la libertad, el otro la dictadura del proletariado, aquí y ahora, para un futuro inencontrable. (pp. 52-3)

En base a un ambicioso programa de lecturas, Onfray elabora su propio panteón y su propia genealogía del pensamiento libertario, hasta llegar a esta breve pero fundamental observación:

Pero entonces entendí que esta falsa oposición entre el anarquismo individualista de Stirner y el anarquismo comunista de Bakunin escondía otra más operativa desde el punto de vista libertario: la que sitúa espalda contra espalda la tradición de genealogía hegeliana (Stirner, Bakunin, Kropotkin...) contra otra que procede de La Boétie (Han Ryner, Sébastien Faure, Élisée Reclus, Pierre-Joseph Proudhon...), es decir, contra otra menos preocupada por la negatividad dialéctica que por la positividad constructiva. Por un lado, la tradición de los que no quieren darle al poder el consentimiento que lo constituye, y, por el otro, la de los que quieren crear las condiciones concretas de una revolución libertaria aquí y ahora; esto es, una tradición germanorrusa y una tradición francesa. (p. 58)

Tal vez las páginas más brillantes de esta pequeña obra sean las dedicadas a la crítica de un militantismo muerto, un militantismo de gestos y lemas que ha perdido todo lo demás:

A los anarquistas institucionales les encanta la rutina, recitan el catecismo, practican la genuflexión frente a su biblioteca y creen ciegamente que las soluciones del siglo XXI se encuentran en unos textos contemporáneos a la invención de la máquina de vapor. En una Francia donde el Estado ya no existe, o donde la religión católica ya no dicta la ley, o donde la nación se encuentra asimilada al nacionalismo y por lo tanto a la guerra, en un mundo posterior a los campos de concentración nazis y comunistas, la bomba atómica y la contaminación generalizada, la revolución informática y las catástrofes nucleares, ¿todavía podemos contentarnos con el corpus canónico? No. Es necesario inventar, añadir, crear hoy nuevas posibilidades de pensamiento libertario. (pp. 59-60)

De nuevo Proudhon, siempre Proudhon: Onfray quiere darle la espalda a esa izquierda resentida que tan a menudo orienta la toma de posición anarquista más conocida: la posición *contra*. “Contra todo. Contra todo lo que está a favor, y a favor de todo lo que está en contra.” (p. 60). Proudhon, sin embargo, hablaba de una “anarquía positiva”, y rechazaba caer en los callejones sin salida de la *anarquía del resentimiento* y la *anarquía*

de la utopía. A ambas derivas, Onfray opone una respuesta positiva: el “posanarquismo”:

[L]a acción libertaria *aquí y ahora* pulveriza las esperanzas milenaristas y reduce a la nada las religiones de la salvación ciudadana. Obliga igualmente a la responsabilidad individual y personal tal y como invita La Boétie en su *Discurso de la servidumbre voluntaria*. Colmar al prójimo de todos los males del mundo, convertir al otro en responsable y culpable de toda la negatividad, elegir un chivo expiatorio para evitar pensar, aguardar por la *Grand Soir* con la fe del carbonero, vociferar o desfilar bajo pancartas: todo ese circo antiguo pasa a un segundo plano. El posanarquismo no es para mañana, sino para ahora mismo. (pp. 67-8)

Partiendo de una descripción de la plurívoca riqueza de la tradición anarquista, cargando las tintas en sus mayores contradicciones con el objeto de descartar cualquier forma de “catecismo” libertario, lo que Onfray se propone es conminarnos a una lectura abierta de esa misma tradición, sin dogmas previos. La historia del anarquismo es ciertamente “una inmensa leonera donde reina el más grande desorden” (p. 77), puntos de redundancia historiográficos, reduccionismos al fin y al cabo, que Onfray intenta evitar.

Lo que Onfray reivindica, en fin, es un “derecho al inventario” del pensamiento anarquista, empresa que exigirá de nosotros una lectura renovada de este corpus que rechace toda falocracia, misoginia, homofobia, antisemitismo, belicismo y colonialismo, que detecte y deseche las respuestas anticuadas a preguntas anticuadas, que acabe con todo milenarismo (anuncio de la parusía, redención del fin de la Historia, revolución como solución moral, etc.), que evite los maniqueísmos rousseauianos en torno a la buena “naturaleza humana” y la perversa “sociedad”... “solo entonces llegará el tiempo de la anarquía positiva, tarea que se propone el posanarquismo” (pp. 80-1).

Ahora bien, ¿cómo comprender esta noción de “anarquía positiva”?

¿Qué es la anarquía positiva? Es la que, dentro del corpus anarquista, no ensalza la crítica, la negatividad, la deconstrucción, el resentimiento, el deseo de venganza, la sed de odio, en general, la voluntad de resentimiento (Nietzsche ha analizado de manera soberbia este mecanismo activo en el compromiso de los socialistas, los comunistas, los anarquistas...). Lo que propone abre perspectivas, crea soluciones, anuncia salidas, hace salir de callejones sin salida. Todo eso que permite, según la feliz expresión de Nietzsche, “inventar nuevas posibilidades de existencia”. Contra la pulsión de muerte y la ley de la venganza, contra las más extremas pasiones tristes, el posanarquismo instaura el reino de la pulsión de vida, desea la ley del mayor júbilo para el mayor número. (p. 81)

“Fuera de la anarquía histórica”, Onfray no duda en reivindicar las aportaciones no solo de Orwell, Simone Weil, Grenier o Camus, sino de las filosofías francesas de los años 60, así Foucault (sus estudios acerca del poder), Bourdieu (anti-liberal), Guattari (la dimensión micropolítica), Lyotard (fin de los grandes relatos) o Derrida (el derecho a la filosofía).

Valiéndose de las enseñanzas de un siglo XX rico en acontecimientos históricos (dos guerras mundiales, fascismos, nazismo, estalinismo, Shoá, Hiroshima, gulag, genocidios y, después de 1989, caída de los totalitarismos del Este, globalización liberal, globalización de las apuestas, tiranía de la máquina informática, peligros ecológicos...), el posanarquismo propone reflexionar a partir de los logros de un pensamiento mayoritariamente francés y configurar una salida al nihilismo con la ayuda de un corpus filosófico relativamente reciente. (p. 87)

Hablar del “pensamiento del 68” (como dice el propio Onfray, denominación impuesta por aquellos que encarnaban la revancha política en su contra) implica, evidentemente, hablar del Nietzsche francés, de Deleuze y la voluntad de poder.

Luego llegó Mayo del 68 y le dio la razón al nietzscheanismo: abolición de la verdad única y trascendente e investidura del perspectivismo, caída del Uno y nacimiento de lo Diverso, fin de los trasmundos justificativos del orden del mundo y advenimiento del reino de la pura immanencia, desaparición de la teleología cristiana y aparición de la adhesión dichosa a la voluntad de poder (que es voluntad de vida), expulsión del ideal ascético judeocristiano y epifanía de la pulsión de vida celebrada al modo pagano, colapso de un viejo mundo y surgimiento de “nuevas posibilidades de existencia”. (pp. 91-2)

El posanarquismo se pretende un pensamiento intempestivo, que sabe recuperar lo mejor de la tradición anarquista, el nietzscheanismo y mayo del 68 como sustentos de una propuesta libertaria asentada en un republicanismo inmanente laico ajeno a cualquier milenarismo, que termine con las soluciones mágicas y la primacía de una teoría que alimenta la práctica en lugar de pensar una práctica que ilumine la teoría (esto es, el peligro de no someter lo real a la doctrina, de cambiar constantemente la realidad a fin de no tocar el ideal):

El posanarquismo propone, pues, un aparejo conceptual: un socialismo libertario para recusar el liberalismo de derechas y de izquierdas tanto como el comunismo, y ello en nombre de la práctica solidaria y fraternal; un nominalismo como máquina de guerra arrojada contra el idealismo; un consecuencialismo como ética utilitarista poscristiana y consecuentemente poskantiana; un pragmatismo que le dé la espalda a los indolentes ensueños

de la resistencia de la materia del mundo; un realismo de la interacción permanente; una dialéctica entre el pensamiento y la acción, la teoría y la práctica, la palabra y el gesto, pero sin sacrificar el uno al otro. (p. 103)

¿Cuál es, en fin, la buena nueva? No otra cosa que la certificación del fracaso lamentable de la macropolítica y el advenimiento de la *micropolítica*, “gran verdad del posanarquismo” (p. 107) y sentido del “principio de Gulliver” expresado en el subtítulo de la obra:

Llamo *principio de Gulliver* a esta nueva lógica, más modesta, más humilde, de menor relumbrón, pero que termina con el modelo mesiánico y religioso. A pesar de la casi total invisibilidad y el carácter no espectacular de las acciones libertarias y las maniobras micrológicas anarquistas, no es por ello menos eficaz. [...]

Todos conocemos la historia del gigante Gulliver narrada por Swift, y nadie desconoce la de los liliputienses. Que ese gigante pudiese ser detenido, trabado y posteriormente inmovilizado en el suelo, no se debió al poder *macrológico* de uno solo, sino a la multiplicación *micrológica* de cada pequeño hilo. La suma de pequeñas fuerzas constituye finalmente una potencia formidable.

Así, si hay revolución, ya no se hará por lo alto, con violencia, sangre y terror, impuesta por el brazo armado de una vanguardia sin dios ni ley [...], sino por lo bajo, de manera inmanente, contractual, capilar, rizomática, ejemplar. (pp. 107-8)

Matías G. Rodríguez-Mouriño